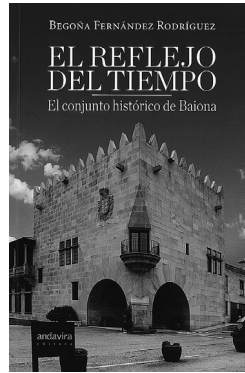


FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Begoña, *El reflejo del tiempo. El conjunto histórico de Baiona*, Santiago de Compostela, Andavira Editora, 2014, 247 pp. I.S.B.N.: 978-84-8408-792-2.



Todas las ciudad, villas y pueblos gallegos deberían contar con un libro que le presentase al lector interesado su retrato, la forma en la que se han definido, aquellas huellas que el tiempo ha dejado en sus calles, en sus plazas, en las fachadas de sus edificios. Ahora bien, el autor que decida enfrentarse a esta tarea, en especial si no tiene vínculos afectivos con el lugar a estudiar, debe adoptar una postura compromiso clara y precisa; no se trata de describir lo que ve, de reunir de forma más o menos ordenada sobre un papel los datos recogidos en archivos y otras fuentes bibliográficas, tiene que ser capaz de captar y mostrar la ciudad como espejo en el que se reflejan todos sus ciudadanos, los que ahora la habitan, aquellos que la han hecho posible y, en un ejercicio de alto riesgo, aquellos otros que en un futuro serán sus vecinos.

Entendida de este modo una villa como Baiona deja de ser un problema urbanístico, una cuestión que hay que analizar, organizar y sistematizar, para convertirse en el crisol donde, a lo largo de la historia, se ha formado la identidad de una comunidad. Baiona es hoy la villa turística que todos conocemos, pero también el puerto de la arribada, una localidad que mira al Atlántico y a América, donde el paso de los siglos ha dejado testimonio de cómo ciudad y ciudadanía se han ido relacionando.

Este es el reto al que se enfrenta Begoña Fernández Rodríguez a la hora de escribir este libro, donde no oculta en ningún momento sus intenciones. De ahí que los dos primeros capítulos Baiona comparta protagonismo con otros dos elementos diferentes y complementarios: el tiempo y la historia. El primero de ellos, como proceso constante y continuado, se nos presenta como el agente mediador entre nosotros y los recursos patrimoniales atesorados a su paso; el tiempo se convierte en el soporte de la memoria y esta se materializa e instala en cada uno de los bienes que Baiona posee. La segunda, aparentemente convertida en lectura objetiva y ordenada

del paso del tiempo, aspira a convertirse en el hilo que conduzca nuestra memoria colectiva por espacios, lugares y bienes de un modo organizado y coherente; una historia que aspira a convertirse en relato superando la mera presencia del dato.

Con estos cimientos la autora tiene perfectamente justificada la estructura de su trabajo y ha puesto los primeros peldaños para ascender en el conocimiento de esta villa marinera que, aunque ha cambiado su fisonomía, sigue teniendo estas raíces. De ahí que el primer capítulo dedicado a esos recursos patrimoniales, lo sea a Montreuil y su futuro Parador, un espacio que aúna pasado, presente y futuro.

Del mismo modo los siguientes epígrafes se centran en una de las dimensiones fundamentales de cualquier ciudad, en aquella función que satisface sus necesidades psíquicas y anímicas, se trata de la arquitectura religiosa. Hablar de la ex-colegiata, de la capilla de Santa Librada, del convento de la Anunciada, o de las capillas de San Juan o de la Misericordia supone hacer referencia a un pasado más o menos lejano en el que la historia y la tradición se entremezcla, devolviendo a la devoción la figura de Santa Liberata y sus siete hermanas, también implica recordar ese origen portuario medieval de la villa o la vocación y devoción profesada a diversos santos y a las obras de caridad.

Ese sentido asistencial es el que aparece recogido en el capítulo dedicado a los hospitales de Sancti Spiritus, la Caridad y la Magdalena. Cada uno en su momento respondieron a las necesidades físicas y espirituales de los ciudadanos de Baiona y cada uno de ellos a su modo es el reflejo de una historia silenciosa vinculada con todos y cada una de las personas que por sus estancias pasaron en algún momento.

Por supuesto, en un retrato urbano como el presente no se puede dejar de lado la sociedad civil y las tradiciones populares, de ahí que casas como las de Correa, del Deán, de Ceta o los Salgados, sean tratadas con especial cuidado; no tanto por su valor arquitectónico singular, sino porque sus muros, las labras heráldicas de sus sillares, nos hablan de una organización social específica. Del mismo modo, el crucero de la Trinidad, la arquitectura anónima y las fuentes públicas hacen que nuestra mirada se centre de nuevo en el colectivo y en aquellas tradiciones asociadas con bienes materiales.

Evidentemente un trabajo como este no puede olvidar dos acontecimientos que, con el paso del tiempo, han ido dejando huella en su fisonomía: el descubrimiento de América y la toma de conciencia sobre la responsabilidad que entraña poseer un conjunto histórico de las características y dimensiones de Baiona.

En el primero de los casos la Arribada, su recuperación pasados más de cuatro siglos y el impulso definitivo del quinto centenario, nos recuerda que este puerto acogió a la Pinta tras su singladura americana, como primer puerto europeo donde se tuvo noticia del descubrimiento y, también, como puerto de regreso de muchos de aquellos gallegos que tras la emigración regresaban a su tierra cargados de un entusiasmo filantrópico que les permitía seguir mirando hacia occidente, como hace la monumental imagen de la Virgen de la Roca.

Ahora bien, un estudio como este, a pesar de estar construido como un relato a través del que reconocer Baiona y en el que sus ciudadanos puedan reconocerse,

no puede renunciar a aproximarse a la realidad patrimonial presente en esta villa pontevedresa: el compromiso con el futuro pasa por tutelar y salvaguardar su conjunto histórico, protegerlo con el afán de legarlo a las generaciones venideras, con el convencimiento de que es posible vivir y disfrutar de Baiona sin menoscabar su autenticidad.

Juan M. MONTERROSO MONTERO
Universidad de Santiago de Compostela